

ración.

Sobre el número quinto, dedicado a la novela argentina, cuyo material he podido revisar rápidamente, abro juicio favorable. Un proyecto cabal y un logro magnífico, preñado de signos auspiciosos.

En síntesis y para terminar: **Contorno** se niega al fraude vergonzoso que comete la generalidad de nuestras revistas. Decidida y decisivamente no acepta participar en ese juego deshonesto e insano.

Colmaría nuestro anhelo si su mirada, más allá de lo literario, se extendiese a otros aspectos de la cultura argentina.

Jorge Raúl Lafforgue

CRITERIO

A más de veinticuco años de su primera aparición y habiendo sufrido necesarias modificaciones a través de ese lapso, **Criterio** es hoy en día una revista de amplia difusión en los ambientes cristianos de la Argentina. Al ser imposible una reseña total de toda esa trayectoria, nos referiremos en esta nota a los números aparecidos en el presente año hasta julio. **Criterio** ofrece una estructura que cuenta con secciones permanentes y una temática orientada a enfrentar los problemas más exigentes del pensamiento moderno —política, sociología, literatura, filosofía— en sus relaciones con la doctrina y la espiritualidad de la Iglesia. Dentro de este enfoque general, los editoriales, por una parte, y la selección de la información —transcripta de la que suministran los órganos de prensa católica de difusión internacional— señalan claramente la necesidad de una constante adaptación de métodos y de planteos a la acción de los cristianos en lo temporal. Los últimos editoriales de Monseñor Franceschi arrojan así

la luz de un grave examen de conciencia frente a los recientes acontecimientos que han actualizado de manera tan viva el complejo problema de la trascendencia de la Iglesia y las responsabilidades sociales de los católicos frente al mundo contemporáneo. Extraordinariamente oportuna resulta, respecto del mismo problema, la transcripción de la pastoral del Episcopado Francés referente a la disposición general de la Iglesia frente a los fieles que colaboran en movimientos no confesionales: la ilustración está dada por los casos de los sacerdotes obreros y "La Quinzaine".

El resto del material se distribuye en otras secciones —Pensamiento Pontificio, Vida Internacional, Liturgia— y en artículos de muy variable peso y necesidad. Por un lado, por ejemplo, artículos como las interesantes disquisiciones sobre sociología religiosa de François Houtart (Nº 1240), la sobrecogedora versión de Dubois Dumée sobre el sermón del celebrísimo Abbé Pierre en ayuda de los sin techo (Nº 1233) confirman la línea de encarnación renovadora que adelantan los editoriales.

Por otro, las crónicas intemporales de Bernárdez —que acaban por resultar curiosamente antitemporales por el sentido del ocio estilístico y argumental que las rige frecuentemente, de modo inexplicable— y otros artículos que se diluyen en generalidades muy imprecisas, contrabalancean peligrosamente el sentido de los editoriales y transcripciones a que ya hemos hecho referencia. (Ejemplos de esta vaguedad: artículo "La Universidad y el Pueblo" de Alberto de Onandía (Nº 1228); el sustancioso tema que pregona el título se ve alcanzado sólo lateralmente, y escamoteado, definitivamente, el problemático "cómo"

de la comunicación del universitario con el pueblo). Por otra parte, la realidad argentina concreta —y los gravísimos problemas espirituales que se derivan de ella— sólo es tocada en general, por los editoriales y las “referencias” aparecidas en los últimos números. Si exceptuamos esto, no encontramos, en este año, sino cuatro artículos que aborden directamente la realidad nacional: dos de ellos se refieren a la reforma agraria y al problema rural argentino; el tercero es una nota admonitoria en torno a la novela contemporánea argentina; el cuarto una vibrante contestación de J. Potenze al señor León Bouché, dando detallada cuenta del desastre cinematográfico nacional.

Las crónicas de música y pintura están encaradas con probidad; las de cine y teatro, a cargo de Jaime y Silvia Potenze, atestiguan un indudable y calificado conocimiento de la materia, aliado con un fino sentido del humor, (V. “Un festival “Gout-americain”, número 1232) a veces desvirtuado, sin embargo, en el caso de Jaime Potenze, por calificaciones excesivas que apuntan al efectismo. Las crónicas literarias, firmadas por muy diversas manos, imposibilitan un juicio general; las de J. Costa señalan el mismo afán que mueve la línea de los editoriales; las de Basilio Uribe revelan un vasto y fino conocimiento de lo literario (V. nota sobre Borges, número 1228); acertadas también las de Betanzos; dentro de un fatigado tradicionalismo las de Bernárdez.

Es difícil, en suma, dar un juicio total sobre **Criterio**. A considerable distancia de las revistas europeas empeñadas en la misma línea, **Criterio** sostiene la suya con altibajos que amenazan esporádicamente su unidad de intención y trayectoria. Su problema, empero,

sólo alcanza sentido total si se lo integra en el intrincado problema general de la inteligencia católica argentina y los acentos y carencias que ésta comporta. Pero su impacto en este sector arroja un saldo positivo y corrobora una línea de esfuerzo lento pero irrecusable en beneficio de la madurez del pensamiento en la Argentina.

I. Bordelois

DAVAR

Davar significa **palabra** y significa **razonamiento**. Algo así como el **Logos** griego.

Es el término hebreo que sirve de lema a la revista literaria que edita la Sociedad Hebrea Argentina.

El primer número de **Davar** apareció en julio de 1945. El judaísmo volvía de su más terrible experiencia. Había sido finalmente derrotado el régimen que llevó a la muerte a seis millones de israelitas. Por supuesto, esta experiencia no era la primera. Ya Nietzsche había hablado del “pueblo que ha tenido —y no sin culpa de todos nosotros— la historia más dolorosa de todos los pueblos.” Pero la magnitud del desastre experimentado no tenía precedentes, e hizo necesario un replanteo de muchas posiciones. Hizo necesario, sobre todo, que fueran desechadas definitivamente ciertas ilusiones que arrastraban su existencia en un mundo de pesadilla.

En ese primer número **Alberto Gerchunoff** señala el enfrentamiento de una generación que iba confiada al encuentro de la utopía y que se valía de la Razón como instrumento de lucha, con una realidad que provoca la crisis de sus convicciones.

“La generación a que yo pertenezco —dice— se había formado en ideas de amplitud humana y so-